

Lipset y la imaginación democrática

FEDERICO REYES HEROLES

Fruto codiciado y temido a la vez, ambición elaborada por el intelecto, pasión que brota de no sabemos qué extraña víscera, la democracia permanece como idea inalcanzable, utopía de utopías, que muta y se transforma devorando, cada día, nuevos ámbitos; abarcando áreas de nuestra vida cotidiana que antes simple y llanamente no entraban en sus coordenadas. Así, de los ilotas del mundo aristotélico incapaces para participar en la cosa pública, a la invención del derecho de gentes, pasando por el *ius naturalismo*, hasta la concepción misma de universalidad de los derechos mínimos del siglo XVIII, se desprende una sucesiva adición, complementación, perfeccionamiento; palabras todas que ocultan lo que en realidad es una invención cultural: la democracia. Invento magnífico, quizá de los mejores que se ha dado la humanidad, de cuya lenta evolución tenemos amplias noticias pero de cuyo fruto sólo podemos saber con mucha imaginación.

Pero si la evolución del concepto mismo ha sido sorprendente, el asunto se complica cuando analizamos en qué latitudes, sujeta a qué condiciones es que florece y se desarrolla este intrigante ser vivo. Si se tratase simplemente de construcción humana —producto del frío cálculo sobre papel, que conduce al trazo de los planos, que llevarán, en perfecto orden, de los cimientos a los muros, techos, ventanas, puertas y acabados—, tendríamos, por lo menos en nuestra mente, una ruta a seguir. Camino laborioso sin duda donde los diferentes elementos de la propia construcción nos van indicando cuáles son los siguientes pasos.

Pero los fenómenos humanos, sociales, son precisamente eso, fenómenos, hechos de los cuales desconocemos el todo o una parte. El día que tuviéramos todos los componentes a la mano pasarían a ser conocimiento y dejarían esa intrigante categoría de fenómeno. Se trata entonces de dos cacerías distintas. La una persigue a la evolución del concepto y lleva como arma la hermenéutica a la teoría. La otra observa a la historia, va a la caprichosa manifestación de los hechos, disciplina ésta que, a decir de Schopenhauer, no es una ciencia sino un saber.

La pasión ha rodeado a ambas. Perfeccionar el concepto es ampliar la democracia, sin duda. Pero ya estando el concepto surge una nueva intriga: por qué esa semilla maravillosa, que suponemos de bondades infinitas, no germina en todos los terrenos que queremos fecundar. "Vamos a buscar entre las asociaciones políticas —dice Aristóteles—, la mejor de todas para que los hombres puedan vivir a la medida de su voluntad." Más de veinte siglos después tendríamos que matizar la expresión del filósofo, pues al deseo democrático han de sumarse otras consideraciones que no obedecen al imperio de la voluntad.

Es por allí justamente que se abre todo un nuevo espectro de posibilidades para el conocimiento. Cambia la mira que se desprende de la obsesión conceptual para girar ansiosa y encontrar respuestas a tres preguntas centrales: cuándo, cómo y por qué. Atrás queda la hermenéutica. Ahora se trata de observar el hecho social. Se acaban las pretensiones universalistas. Debemos ir a la especificidad.

Es por estos rumbos que se han producido textos de enorme valía y los cuales, sin querer queriendo, resbalan en la incómoda comparación. La tentación ha estado siempre allí: desde el estudio comparativo de las constituciones de Aristóteles, a las consecuencias que sobre la vida política tiene el clima, propuesta no de un determinista biológico sino del

propio varón de Montesquieu. Vendría después ese franco-americano o americano-francés que se llamó Alexis de Tocqueville quien, con renovada capacidad de asombro, anda tras la pista de aquello que falló en Francia. No sería el único viajero que pusiera sus ojos más allá de la botánica y la orografía para pasar a la geografía humana, disciplina ésta radicada en las escuelas de filosofía. El propio Humboldt lanzaría múltiples confrontaciones de realidades muy concretas. Lo haría, no por un ánimo de relatar diferencias y con ello acentuar posibles criterios de superioridad, sino como resultado de algo mucho más sencillo: la llana curiosidad. Se abrió así toda una nueva vertiente que deja atrás la semiótica para incursionar en la terca realidad.

Por supuesto, a mayor información global, mayor capacidad para establecer coincidencias, si les parece bien el término, que no sentencias conclusivas. ¡Qué fácil sería establecer correlaciones directas entre niveles educativos y democracias, o ingreso y democracia, o desarrollo industrial y democracia! Por supuesto que existen condiciones y condiciones de las condiciones como las ha llamado Sartori. Pero no logran establecerse correlaciones lineales. La chapucera de la historia nos sigue dando sorpresas. Cómo explicar que uno de los países más industrializados de Europa y con los más altos niveles económicos se convirtiera en la patria del nazismo, vergüenza de la humanidad. Allí está el texto de Karl Dietrich Bacher entre otros, o el doloroso recuento de Franz Noumann el cual desde el título, *Behemoth*, eriza la piel. Es justo en estas coordenadas que se inscribe esta nueva entrega de Seymour Martin Lipset quien, brillante como siempre, hace un breve recuento del estado del arte. De entrada nos recuerda esa diferencia fundacional entre algunas democracias teñidas por el iluminismo francés en el que la fortaleza del Estado era vista como garantía de vida democrática: la aproximación de los llamados "padres fundadores" de los Estados Unidos para los cuales, a mayor Estado mayor riesgo de regímenes autoritarios. Por supuesto la idea nos remite de inmediato a Tocqueville y su muy consistente tesis, incluso observada a finales del siglo xx, en el sentido de que la verdadera democracia surge en la aparición de los cuerpos intermedios o de mediación. Bien por los derechos ciudadanos, bien por los partidos o asociaciones políticas, pero son esos cuerpos intermedios —sociedad civil diríamos ahora, organizaciones no gubernamentales quizá—, las que sirven de correa de transmisión y, a la par, de control de los regímenes democráticos. Por supuesto Lipset no podría pasar de lado la discusión, siempre irritante sobre: "*No bourgeois, no democracy*", que nos remite de inmediato a un autor clásico, diría yo, y en cierto sentido olvidado, que es Barrington Moore cuya aportación insustituible es *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, texto en el cual establece la vital importancia de las clases medias rurales para la consolidación de regímenes democráticos. La contraparte es particularmente sensible para los mexicanos: allí donde se imponen reformas agrarias centrales y centralizantes que demandan de organizaciones muy amplias y burocracias pesadas, allí hay riesgos de autoritarismo. Pero el asunto nos lleva a una cuestión delicada, la diferencia entre campesino con tierra y el campesino sin tierra; de un lado el *farmer* autoempleado, del otro el ser dependiente del patrón. Es ese *farmer* que evoluciona en clases medias rurales, el que juega un papel central en la estabilización de los regímenes democráticos. Es ese campesino desairado el que sirve de carne de cañón a las organizaciones corporativas verticales y autoritarias.

Lipset, en este espléndido material, también pasa rápida revista a las tesis de un marxismo evolucionista que anda siempre atento a las condiciones revolucionarias pero que, en el fondo, apoya la idea de un Estado de fortaleza total capaz de conducir (imponer) la democracia. ¿Puede una democracia ser impuesta? Lipset nos recuerda el dramático viraje

que sufrieron las naciones derrotadas en la segunda guerra mundial, Alemania, Italia y Japón. Industrialización y modernización social son coordenadas separadas que demandan esfuerzos simultáneos. No hay encadenamiento gratuito. Lipset, el autor de ese clásico que es el *Hombre político* —texto que a pesar de sus casi cuatro décadas de vida sigue y seguirá siendo referencia insalvable de los estudiosos de este tipo de cuestiones—, entra a una discusión delicada. ¿Son las instituciones prototípicas de las democracias occidentales funcionales para América Latina? No necesariamente, por lo menos en el corto plazo en el cual la apertura a las demandas sociales insatisfechas, e imposibles de satisfacer de inmediato, puede generar condiciones de inestabilidad política. Cabe por supuesto también la pregunta inversa: ¿es entonces la democracia sólo funcional para naciones en las cuales, por su nivel de desarrollo y por la riqueza acumulada, las tensiones sociales se han reducido o disminuido? ¿Acaso la democracia es para los ricos? La propuesta de Lipset se complica cuando introduce la variable de equidad. Muchos son los países con altas tasas de crecimiento y apoyadas en regímenes autoritarios. Pero es justo en ellos donde las injusticias sociales se ahondan. ¿Quiere esto decir que la democracia y la justicia social van de la mano? Por supuesto que Lipset es lo suficientemente cauteloso para no dejar sentada una tesis tan contundente. Pero algo hay detrás. Las correlaciones se complican: riqueza no garantiza democracia; pobreza atrae autoritarismo; crecimiento no conduce a justicia social; democracia no siempre provoca crecimiento; justicia social pareciera demandar democracia. Si bien está en este terreno, todo parece vago o inasible; donde no queda duda es en la aproximación alrededor de las sociedades rurales. Sin cuerpos intermedios al estilo de Tocqueville, y sin clases medias rurales, la inestabilidad autoritaria merodea. Aquí habría que citar que por suerte Barrington Moore tuvo una gran discípula y seguidora en Theda Skocpol con ese extraordinario texto denominado *El Estado y las revoluciones sociales*.

Lipset lanza una pista que pudiera ser toda una nueva vertiente de estudio. Por allí en un párrafo nos hace ver el creciente impacto de lo que él denomina (perdón por el complejo anglicismo) *popular awariness* que podría ser injustamente traducido como alerta popular. Lipset se refiere allí a ese delicado estado de la conciencia popular en la cual no se sabe de la injusticia, no se sabe de la diferencia y por lo tanto no se exige. O por el contrario se reacciona popularmente a la mayor información y conocimiento, lo cual deviene en presión política. La demanda es conciencia de lo propio, confrontada con conciencia de los otros.

Quizá una de las tesis más sugerentes de este material de Lipset es la que se refiere a la centralización de todo sistema de reconocimiento y prestigio. La propuesta analítica es muy clara: allí donde el Estado acapara todo el sistema de reconocimiento, de prestigio e incluso podríamos decir de estímulos sociales, se vivirán presiones democratizadoras. En cambio, si el Estado permite la abierta socialización de los sistemas de reconocimiento y prestigio, surgirán contrapesos a las tendencias autoritarias. Existe así una compleja interrelación entre las muy diversas motivaciones sociales y las respuestas siempre limitadas de todo aparato político.

Tener título para gobernar es una condición que se logra gracias a una palabra que mucho ha dado de comer a los politólogos: la legitimidad. ¿Pero, cómo lograrlo cuando el Estado-nación concentra, de entrada, configuraciones de gobierno lejanas y con frecuencia contradictorias? Lipset plantea la encrucijada. Si se reconocen los sistemas tradicionales, o autóctonos por denominarlos de alguna forma, la presión por eficacia disminuye. Si en cambio éstos son sustituidos, más vale que el nuevo régimen sea altamente eficaz.

¿Qué más agregar? En esta muy sugerente entrega Lipset nos lanza múltiples anzuelos que atrapan al lector para invitarlo a iniciar nuevas aventuras analíticas. Pretender compendiarlo, resumirlo, además de imposible sería injusto. Para eso está el texto, cuya brevedad lo hace doblemente bueno. Por lo pronto, creo que todos debemos felicitarnos de que Seymour Martin Lipset, con la juventud intelectual que lo caracteriza, nos siga haciendo llegar los resultados de sus exploraciones y aventuras intelectuales que siempre son mapas insustituibles para nuestras propias incursiones.

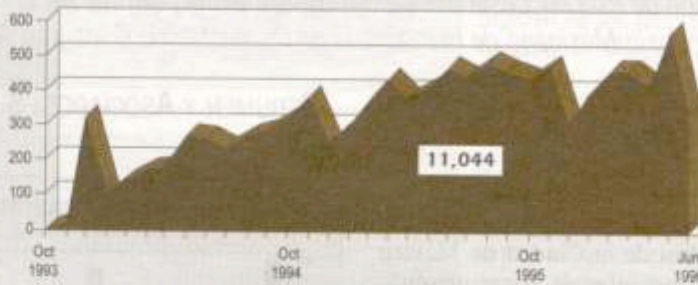
Derechos humanos en el DF

INDICADORES

Derechos humanos en el D. F.

De junio 1993 a octubre 1996

QUEJAS RECIBIDAS POR LA CDHDF



PRINCIPALES RASGOS DEL PERFIL SOCIOECONÓMICO DE LOS QUEJOSOS

Sexo		Ingresos	
Masculino	8,644	0-672	6,952
Femenino	6,920	672-2,016	3,749
Edad		2,016-3,360	2,529
0-17 años	138	3,360-4,704	1,214
18-20 años	407	4,704-6,720	375
21 a 25 años	1,415	más de 6,720	709
26 a 30 años	2,109	Escolaridad	
31 a 35 años	2,290	No tiene	1,708
36 a 40 años	2,180	Primaria	5,270
41 a 45 años	1,620	Secundaria	4,008
46 a 50 años	2,008	Bachillerato	1,889
51 ó más	3,395	Técnica	1,240
		Profesional	1,936
		Posgrado	129

SANCIONES IMPUESTAS A SERVIDORES PÚBLICOS

Apercibimiento	18
Amonestación	61
Destitución	136
Acción penal	64
Inhabilitación temporal	54
Inicio de averiguación previa	52
Penal privativa de libertad	4
Suspensión	204
Multa	3

Fuente: Dirección General de Quejas y Orientación, CONAF, "Base de datos LUCMA", información al día, México D.F., 26 de junio de 1996.